BX1484
C6

BIOGRAFIA

DEL

SEÑOR JOSÉ MANUEL PASQUEL,

Doctor en teología y derecho canónico, arcediano de la Santa Iglesia metropolitana de Lima, obispo de Eretría *in partibus-infidelium*, auxiliar del señor arzobispo y visitador general de la arquidiócesis.

En nuestra breve reseña biográfica del Illmo señor arzobispo de Lima, hemos bosquejado una existencia brillante, si bien fecunda en agitaciones; ahora vamos á dar otra de un género enteramente opuesto. Al trazar el perfil del segundo personaje de la Iglesia de Lima, vamos á levantar el velo de una vida evangélica, pura de todo contacto con las cosas del siglo, sin mas afan que el amor de la religion, de un zelo á toda prueba, de una caridad inagotable, y de la mas heroica energía en el ministerio sagrado. El mayor elogio que podemos hacer del señor Pasquel, es decir que siempre y por do quier se mostró sacerdote, muy sacerdote, y nada mas que sacerdote; palabras que quieren decir mucho, y tanto mas si se considera que el señor Pasquel pertenece á una generacion que, por la fuerza misma de las cosas, ha debido tomar parte en los acontecimientos políticos contemporáneos. Su ilustre nacimiento, su puesto elevado en la sociedad, señalaban á este digno eclesiástico, independientemente de su mérito personal, un rango elevado en la falange política del Perú; todas las candidaturas se le brindaban, mas tal era y tan dominante en el señor Pasquel el espíritu sacerdotal, que prevaleció sobre toda otra consideracion y le retuvo invenciblemente apegado á la guardia del templo. Mas ávido del recogimiento religioso del altar que de los bulliciosos triunfos de la arena

política, abdicó desde temprano la condicion de ciudadano para concentrarse en el apostolado del pastor de almas.

¿Era efecto de la inercia ó amor prematuro del descanso? Evidentemente no, pues la vida sacerdotal del señor Pasquel no fue mas que una larga serie de desvelos, fatigas, cruces, afanes de todo género. ¡Cuántas veces sembró el grano y recogió la zizaña, la injusticia, la ingratitud y hasta la infame calumnia! El señor Pasquel dió mas de una vez el ejemplo del cómo se venga un sacerdote católico de las miserias humanas que á cada paso lo han atropellado en la vida; y llegado á la plenitud del sacerdocio, elevado á la dignidad episcopal, no desmintió un instante sus honrosos precedentes.

A continuacion de esta corta introduccion, destinada á servir de pedestal á la noticia que sigue, trazaremos muy sucintamente algunas de las fases mas notables de la vida del señor Pasquel.

El Illmo señor don José Manuel Pasquel, nació en Lima el 19 de marzo de 1793, de una de las mas ilustres familias de aquella capital. Su padre, don Tomás Pasquel, era capitan graduado de teniente coronel de las milicias disciplinadas, caballero profeso y prior de la órden real y militar de Calatrava : su madre, doña Clara Losada, procedia de una estirpe noble y antigua, descendiente en línea recta, en la quinta generacion, del conde de Lemus, virey del Perú y sobrino de San Francisco de Borja, duque de Candia.

El jóven Pasquel fue imbuido desde su edad mas tierna en los principios religiosos, y recibió una brillante educacion en el colegio de San Carlos, en que lo colocaron sus padres como alumno interno; cursó filosofía, teología y cánones bajo la direccion de dos de los profesores mas distinguidos de la época : el señor Amezaga y el consejero Freire, y en la universidad de San Marcos recibió los grados de doctor en teología y cánones.

La vocacion del señor Pasquel al sacerdocio se manifestó desde su salida del colegio ; y efectivamente recibió las sagradas órdenes en 1817, comenzando desde esta época las pruebas por las cuales quizo el Señor ejercer sus virtudes sacerdotales, su firmeza y constancia.

Poco despues de su admision al presbiterado, fue llamado el señor Pasquel al vicariato de la parroquia de Huacho . Casi á la misma época comenzo la espedicion llamada *libertadora*, bajo las órdenes del general San Martin, cuyas

fuerzas navales capitaneadas por lord Cochrane, principiaron á operar en las playas del norte. Una parte de la soldadesca, ávida de saqueos, desembarca en la parroquia del señor Pasquel, se hace dueña por la fuerza y el terror de todo lo que podia escitar su codicia, y, profanando con sus sacrilegas manos la casa del mismo Dios, hurta una magnifica lámpara de plata. Entonces se mostró la energía del nuevo pastor : armado del espíritu de Matatias, arrostrando todos los peligros, reclama valerosamente los derechos é inmunidades de la Iglesia, y consigue arrancar de manos de los criminales el fruto de su atentado.

Noticioso de este hecho, envia á Huacho el gobierno español subsidios para organizar la defensa de esta costa; los oficiales, sabiendo que la poblacion habia suministrado víveres á la flota, condenan nueve habitantes á la pena capital. Acude el señor Pasquel, defiende vivamente á estos desgraciados, y, por su inmensa actividad, consigue salvar cinco.

Entretanto el señor de Las Heras, arzobispo de Lima, que nunca habia perdido de vista al jóven párroco, y solo aguardaba la ocasion favorable de establecerlo, se aprovechó, en el primer concurso para la colacion de los beneficios, de una vacante que sobrevino en los tres empleos de los curas-rectores del sagrario, parroquia de la catedral, para confiarla al señor Pasquel, con el título de cura-interino, empleo que desempeñó con la mayor satisfaccion del ilustre prelado y de toda la parroquia.

Nuevas pruebas le suscitó su zelo religioso, y una, entre otras puso en riesgo su vida. Una mujer de conducta relajada, movida del espíritu de penitencia, se presenta al confesonario del señor Pasquel, que naturalmente la exhorta á cambiar enteramente de costumbres y entrar en una vida mas conforme á la perfeccion cristiana : penetrada de las exhortaciones del digno sacerdote, la pecadora rompe los lazos que la hacian indigna del nombre de mujer y de cristiana. Aplaudiase el señor Pasquel de la conversion que habia operado, cuando una noche, ya muy tarde, se presenta en su domicilio una persona desconocida suplicándole acudiese á administrar socorros espirituales á un enfermo en peligro de muerte. Como á cada hora se hallaba dispuesto el señor Pasquel para casos semejantes, sigue á la persona sin recelo, y solo vacila cuando se halla casi á la estremidad de la ciudad, en los alrededores de la Alameda, siendo ya muy tarde para

retroceder. Allí se le echan encima otros tres, lo apostrofan y lo injurian á causa de su conducta con la mujer mencionada, le anuncian que van á inmolarlo á su venganza, cuando afortunadamente pasa una patrulla por una de las calles vecinas, y toman la fuga los facinerosos abandonando á su víctima, sobrecogida de la doble agitacion producida por el peligro que habia corrido y por su milagrosa salvacion. Este acontecimiento tuvo lugar en 1819.

En 1820, el señor de Las Heras convocó un concurso para proveer á los curatos vacantes. Pensaba á la sazon el señor Pasquel tomar el hábito de la congregacion de San Felipe Neri, instituto al cual profesó desde su edad mas tierna la mayor devocion; mas no era tal la idea del arzobispo, que procuraba sacar partido en provecho de su diócesis de las grandes disposiciones que reconocio en el jóven Pasquel para desempeñar dignamente la carrera pastoral. Cierto de que no haria oposicion, el arzobispo, de concierto con el virey Pezuela, le instiga y lo arrastra, por decirlo así, al concurso.

El exámen sinodal del señor Pasquel, dejó *unánimemente* satisfechos á los examinadores, y le valió el ser presentado para el curato de Atabillos bajos, que, cercano á la capital, y á su familia, permitia un empleo fácil y agradable á sus deberes pastorales. — Disponíase el nuevo cura á consagrar toda su caridad y zelo al cumplimiento de su mision; mas nuevas pruebas lo aguardaban, que acudian á cubrir de opacas nubes el cuadro cuyo primer plan se mostraba engalanado de los mas brillantes colores.

Gran parte del territorio peruano habia sido ocupado por el ejército libertador de San Martin. Atabillos cae en sus manos, y en esta poblacion, como en las demás, se entrega el vencedor á los mayores escesos. — Un oficial se presenta en la casa del cura, y, alegando órdenes que no muestra, exige imperiosamente que se le entregue sin mas tardanza, los vasos sagrados, la plata, y todo lo mas precioso que poseia la iglesia. Hallábase ausente el señor Pasquel, y, noticioso del lance, vuela á los lugares que reclamaban su presencia, comienza por pedir al oficial comunicacion de la órden que alegaba para realizar su atentado. A la voz del pastor se conmueve los parroquianos, se abalanzan al sacrílego, le arrancan los objetos preciosos, y se disponian ya á castigarlo de un modo ejemplar, si el señor Pasquel, sosegado ya por lo concerniente á los sagrados vasos, y escuchando solo la voz

de la caridad, no hubiese ardientemente defendido al miserable y sustraídole á la venganza del pueblo. Este insiste para asegurarse á lo menos de su persona y conducirla bajo escolta á las autoridades de la capital, pero el señor Pasquel, receloso de un nuevo acceso de exaltacion de parte de sus parroquianos, ó de nuevos peligros para su protegido, se obstina y logra que quede en depósito el culpable en su propio presbiterio.

Pero hay almas tan pervertidas que los mas heroicos beneficios no hacen mas que irritarlas y escitarlas á nuevos delitos. Tal era el miserable que habia introducido el señor Pasquel bajo su techo, con la dulce satisfaccion que deja consigo una buena obra, y esa seguridad que vive en el fondo de toda buena conciencia. Entretanto meditaba el monstruo nuevos atentados, y era tal el delirio de su alma infernal, que se exhalaba en presencia de un indígena que, comprendiendo el peligro que corria el bienhechor, se dió prisa á dar la alarma á los habitantes que acudieron en masa al presbiterio reclamando con gritos de venganza que les fuese entregado el criminal. Hallábanse en la misma casa la víctima y el verdugo, y, aumentando el tumulto, se presenta á arengar la plebe el cura, temeroso de nueva crísis de furor. — Entonces le informan que su huésped, armado secretamente de un puñal, aguarda una ocasion propicia para asesinarlo; y, agolpándose la multitud en la casa, entra á viva fuerza, registra al oficial y le encuentra el puñal destinado á la perpetracion del crímen. El furor del pueblo llega á un punto indecible, mas la caridad del cura aumenta á proporcion del riesgo que corre el asesino, redobla sus esfuerzos; insta enérgicamente á sus parroquianos que no ceben su furor en el miserable, y lo consigue no sin gran dificultad, despues de haber consentido en aceptar una guardia compuesta de sus feligreses, que no querian perder de vista en toda la noche al reo. El señor Pasquel persuade á esta guardia que escolte al dia siguiente al preso para ponerlo en lugar seguro, y atravesando caminos apartados consigue salvarlo al rayar el dia, despues de haberlo arrancado por dos veces al furor del pueblo, y últimamente á la cuchilla de la justicia militar. Mas su generosidad escesiva le preparaba nueva serie de persecuciones.

El infame salvado tan generosamente por el señor Pasquel se presenta al feroz Dupuig, autor de la espantosa mortandad de la Punta de San Luis, que gobernaba á la sazon el depar-

tamento de la Costa, y le hace una relacion completamente falsa de lo sucedido, profiriendo las mas negras calumnias contra su libertador. Estos dos hombres, dignos de entenderse en el terreno del crímen, continuaron desde entonces un plan completo de persecucion y lo denunciaron al general en jefe San Martin que pronuncia la sentencia de arresto del generoso sacerdote (1).

La sentencia fue inmediatamente ejecutada, y el señor Pasquel llevado como criminal al convento de Recoletos, en que permaneció encerrado durante quince dias; despues fue conducido por la fuerza armada á la cárcel de Chancay y sucesivamente á las de Huacho y Supe. En este último parage hallábase como alcaide ó gobernador uno de esos cinco miserables que, en Huacho, habia librado el señor Pasquel del último suplicio; al acercarse su libertador, lo reconoció y saludóle pero sin mas testimonio de gratitud, dando pruebas de la mas cínica dureza durante todo el tiempo del encarcelamiento del señor Pasquel en Supe estenuado de fatigas y privaciones; y ni un instante se desmintió su baja ingratitud al verlo acosado del hambre y tiritando de frio, sin mas abrigo que su sotana y su poncho. Algunos pobres campesinos á quienes recurrió el señor Pasquel, y una bondadosa mujer que le envió la Providencia en tan aciago trance, fueron las solas criaturas que compadecieron y aliviaron al siervo de Dios.

Trasportado de nuevo á Huacho, acudieron presurosos á visitarlo sus parroquianos, prodigándole todo el consuelo y socorro compatibles con su posicion; pero pronto llega la noticia á oidos de Dupuig, que manda conducir al señor Pasquel al convento de Franciscanos de Huarás, desierto á la sazon y trasformado en ese tiempo en cementerio de ruinas por la epidemia que habia afligido la comarca. Administrábase al preso una escasa racion de alimento asqueroso, cada veinticuatro horas; nadie podia visitarlo, y aun le era prohibido celebrar los santos misterios. Así se pasaron cuatro meses durante cuyo intervalo no escasearon al señor

(1) Esta conducta del general en jefe es aun mas estraordinaria si se considera que conocia los servicios del señor Pasquel á la causa patriótica, y especialmente en la ocasion de la prision del sacerdote Armestoy; y de los patriotas Gomez, Ramirez de Arellano, Pignatelli, Alcazar y otros tantos. Conviene tambien notar que la intercesion de don José de la Riva Aguero, en el dia gran mariscal, fue ineficaz para lograr la revocacion de la órden pronunciada contra el señor Pasquel por el general San Martin.

Pasquel sus perseguidores toda clase de mortificaciones.

Entretanto trabajábase con encarnizamiento una acusacion legal, mas á pesar del furor y actividad de los denunciadores y enemigos del respetable eclesiástico no fue posible hallar una base racional de acusacion, en términos que fue necesario soltar al señor Pasquel y restituirlo á la libertad y á sus amados feligreses. Sin embargo la saña enconada de sus enemigos no tardó en suscitarle nuevas persecuciones.

Apenas habia pasado un año desde del regreso del señor Pasquel á su curato, cuando fué llamado á predicar el panegírico de la Invencion de la Cruz el 3 de mayo de 1823, en la iglesia de Huamantanga. Este acontecimiento dió lugar á la mas espantosa borrasca y la mas terrible prueba á que se vió espuesto el digno eclesiástico en todo el curso de su vida, notándose evidentemente en todo lo sucedido el sello de la Providencia.

Mandaba la provincia de Canta el coronel Suarez, oficial del ejército de San Martin. — Como empezaba ya el poder secular á usurpar los derechos de la Iglesia, exigió el coronel que el sermon del señor Pasquel presentase un color político, y que campease en el panegírico el mas acendrado patriotismo (el suyo por de contado); pero el orador cristiano declaró con tanta firmeza como modestia, que, siendo su deber predicar en una solemnidad religiosa, estaba determinado á no apartarse de su asunto bajo ningun pretesto. La energía del señor Pasquel desagradó á Suarez, si bien asistió á la ceremonia. Sube al púlpito el venerable sacerdote y empieza su panegírico sobre el adorable signo de nuestra redencion, y, al hablar del Salvador del mundo, lo designa por el título de *Rey glorioso*. Al oir estas palabras revienta la ira del fanático Suarez, y, olvidando el respeto debido al lugar santo, manda á un ayudante que haga bajar del púlpito al predicador. Este se contenta con señalar al ayudante la imágen de Dios vivo espuesto en el altar, y continua su sermon hasta el fin. El oficial habia quedado sin fuerza ante el imponente gesto del orador y la actitud amenazadora del jefe, que manda sin tardanza al sub-prefecto de Canta, prender el señor Pasquel y fusilarlo dentro de dos horas.

No bien habia pronunciado este inicuo mandato, cuando llega un centinela á caballo anunciando la llegada de una columna española. — Al momento reune sus tropas el coronel Suarez, las guia contra el enemigo, y queda despues mortal

mente herido atravesado con una lanza. — La noticia de su derrota, y la confusion que resultó de esta noticia, libraron al señor Pasquel del riesgo inminente que le amenazaba, y así escapó por milagro á la infausta suerte de un religioso dominicano, que quince dias antes habia mandado fusilar el coronel Suarez bajo un pretesto no menos fútil.

El señor Pasquel continuó en paz desde entonces su santo ministerio en su curato de Atabillos, hasta el año siguiente, en que fue promovido al de Concepcion de Jauja, y emprendió la reedificacion de la iglesia parroquial, á cuya obra consagró la renta de la parroquia y una parte de sus bienes patrimoniales.

En 1834 estalló una revolucion política que interceptó las comunicaciones entre las diferentes provincias de la República. —El señor de Benavente, á la sazon arzobispo electo de Lima, recurrió en tan crítica ocasion al señor Pasquel, trasmitiéndole plenos poderes de jurisdiccion, no solo en la provincia de Jauja, sino en todas las de la diócesis cuya comunicacion con la metrópoli se hallaba interrumpida. Las nuevas y admirables calidades que mostró el señor Pasquel en tan apuradas circunstancias, justificaron el alto concepto que de él habia formado su superior.

Cuando en 1836 se despejó el horizonte político, el general Orbegoso, jefe supremo del Estado, deseoso de premiar el zelo del señor Pasquel, lo nombró canónigo de merced de la iglesia metropolitana de Lima, y le mandó su nominacion de Arequipa en que entonces residia. En 1839, poco despues de la nominacion del nuevo canónigo, murió el arzobispo Benavente, y eligio el cabildo al señor Pasquel para vicario capitular. — En este mismo tiempo hallábase el señor Pasquel revestido de los títulos de juez de diezmos y examinador sinodal de la arquidiócesis.

En 1840, fue nombrado director general de Beneficencia, empleo laborioso que desempeño hasta 1848, habiendo sido sin interrupcion reelegido cada año, á pesar de los vivos clamores de rivales interesados.

Desde que el señor Pasquel es miembro del cabildo, ha empleado el tiempo en la mayor utilidad de la Iglesia de Lima. Ha reparado un número considerable de templos; y entre otros el de Nuestra Señora de los Desemparados que iba desmoronándose y que en consecuencia se habia mandado destruir por el gobierno, y llegó á ser uno de los mas frecuentados de la capital del Perú, gracias á la solicitud del zeloso sacerdote, solicitud que igualmente atestiguan el monasterio de Santa Rosa, la Iglesia del Patrocinio, el Beaterio de las Amparadas, el monasterio de la Merced y la iglesia parroquial de Santa Ana.

En el convento suprimido de San Francisco de Paula, fundó el señor Pasquel una casa de asilo para mujeres menesterosas, y en el dia reciben en este establecimiento los socorros de la caridad cristiana cincuenta pensionistas. — Tambien fue elegido el señor Pasquel capellan de las Carmelitas descalzas, puesto que gratuitamente ocupo diez años; y en la época de que vamos á tratar actualmente, esto es, 1848, se hallaba el señor Pasquel investido de la dignidad de arcediano de la metrópoli, y del empleo de rector de la universidad pontificia de San Marcos, en que era doctor en ambas facultades, de teología y cánones, y regente de la de prima en teología. Aquí fenece la carrera de presbítero del señor Pasquel y comienza la del episcopado.

El señor de Luna Pizarro, arzobispo actual de Lima, conocia la necesidad que tenia de agregarse un colaborador digno de partir con él la pesada carga del ministerio pastoral, y puso los ojos en el señor Pasquel que por sus servicios precedentes, su zelo activo, su posicion social era seguramente el mas merecedor de esta honra. A los informes del señor de Luna, se agregaron los mas honrosos testimonios de los demás prelados del Perú, y el 21 de enero de 1848, S. S. Pio IX proclamó al señor Pasquel obispo de Eretria *in partibus*, enviándole al mismo tiempo las Bulas de institucion canónica, que recibieron el pase en el congreso del Perú el mismo año, sin la menor objecion.

La consagracion solemne del señor Pasquel tuvo lugar en la catedral de Lima el 7 de mayo de 1848, de manos de Illmo. y Rmo. señor de Luna Pizarro, el cual, por una coincidencia notable, habia sido ya su padrino de altar en su ordenacion de presbítero, como habia presidido tambien su doctorado en la facultad de teología y su recepcion de canónigo.

El señor de Luna confirió desde entonces al señor Pasquel los titulos de obispo auxiliar y visitador general de la diócesis, é hizo que desempeñase este último empleo en los dos años de 1848 y 1849, grangeándose el señor Pasquel la benevolencia y aprecio del clero y pueblos visitados.

El *Correo Peruano* del 11 de enero de 1849 dió cuenta de

la primera visita pastoral del señor Pasquel, durante la cual administró el sacramento de la confirmacion á 120,709 personas.

Tales fueron los primeros pasos del señor Pasquel en la via del episcopado, en la cual encontró nuevo pábulo su ardiente caridad. Continuamente dócil al instinto de su corazon, su zelo amoroso se estiende á toda clase de personas que tácita ó declaradamente reclaman su proteccion : y no solamente los pobres propiamente dichos, sino una multitud de familias pertenecientes á esa clase precaria que, por una ú otra circunstancia, no se atreven á recurrir á la limosna, pueden atestiguar esta asercion y decir que el señor Pasquel no solo practica la caridad, sino que conoce las delicadas atenciones, y el tacto esquisito que doblan el mérito del que da y alivian el humillante peso del que recibe.

La Santa Sede no ha perdido nunca de vista al señor Pasquel, y el augusto jefe de la Iglesia le ha trasmitido desde su destierro de Gaeta nuevas pruebas de su solicitud paternal.— Mucho sentimos no poder entrar en los pormenores y circunstancias de la naturaleza de estas nuevas distinciones concedidas por el sumo Pontífice al digno sacerdote peruano ; mas la modestia de este nos impone silencio, y muy á pesar nuestro, nos resignamos á la obediencia.

SERMON DE GLORIA PRONUNCIADO EN LA CONGREGACION DEL ORATORIO A SAN FELIPE NERI, EN 20 DE OCTOBRE DE 1840.

Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quæ preparavit Deus iis, qui diligunt illum.

Ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni cabe en el corazon de hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman. (San Pablo, *Epistola primera á los Corintios*, cap. II, v. 9.

¡Que el hombre sea tan necio que ofreciéndole bienes de valor infinito los desprecie ! Que el destino de la inmortalitad no le haga fastidiarse de la nada de este mundo! ¡Que posponga ciego las delicias de la gloria á la satisfaccion de las pasiones! Que siendo eterno lo que se le propone, y momentáneo lo que se le pide para merecerlo, no se anime á abrazar las ligeras penalidades de la virtud, y quiera mas bien sufrir la tiránica dominacion del vicio que la priva de su verdadera dicha !

Hijos de los hombres, alucinados con objetos frívolos y perecederos : ¿Hasta cuándo amareis la vanidad, y correreis en pos de la mentira? ¿Qué! Nunca llegareis á conocer vuestros verdaderos intereses? Dejad alguna vez, dejad de ser insensibles á las promesas de la patria celestial, hasta amar vuestro destierro ¿pensais eternizaros en este país de las miserias? Elevad vuestros pesados corazones hácia donde un Dios remunerador prepara á los que aman delicias indecibles superiores á cuanto conocemos y podeis apetecer.

La esperanza de la gloria suaviza al cristiano la práctica de sus obligaciones, porque en cada virtud le ofrece un premio, en cada combate una corona, en cada privacion la satisfaccion completa de todos sus deseos. ¡ O cielo ! ¡ O bienaventuranza! Tu diste á los mártires esa pasmosa intrepidez que dejaba confundida la crueldad de los tiranos. Tu inspiraste á los solitarios la heroica revolucion de morir al mundo sepultándose en los yermos. Las vírgenes generosas, por el deseo de poseerte, trayeron en carne mortal vida de ángeles. Por asegurar tu conquista abrazaron innumerables santos los rigores de la mas severa penitencia. — ¿Cómo cristianos, no tenemos nosotros sus virtudes teniendo para imitarlos el estímulo del mismo premio? Es porque amamos naturalmente la